

LOS CINCO TIEMPOS DE LA MATERNIDAD

Dedicado a nuestras madres,
por lo mucho que dieron.

Dos amigos cantaron, con palabras hermosas, la misteriosa realidad de la maternidad. Uno, contemplando el don de la madre, dijo: *“Un hijo es como una estrella a lo lejos del camino, una palabra muy breve que tiene un eco infinito”*¹. El otro, reconociendo en ella el mejor don del cielo, escribió: *“Dios, al darnos la vida, nos ha dado por cuna el corazón de una madre”*². Por eso, digo yo, Dios ha concedido a las madres una corona de privilegios para que puedan acunar y alimentar dulcemente a cada uno de sus hijos. Cinco son los dones, talentos, besos o tiempos que componen la corona con que Dios premia a cada una de nuestras madres.

PRIMER TIEMPO: LA VOCACIÓN

Cada madre ha sido creada, elegida y llamada por Dios para ser manantial de vida. No ha habido ninguna improvisación. Como dice el Libro Santo, antes de crear el cielo y la tierra, Dios nos llama a cada por nuestro nombre y encomienda un proyecto que irá fraguando en nosotros la felicidad a la que nos ha destinado. La vocación de la madre es un enorme misterio que va amaneciendo a lo largo de años. La infancia, la adolescencia y pubertad, la juventud, el noviazgo e, incluso, la vida matrimonial, conforman un todo armónico donde la futura maternidad toma cuerpo. Los datos concretos de cada biografía parecen accidentes inconexos, pero el plan de Dios, en respetuoso diálogo con la libertad personal, va tomando forma. La niña, la joven, la mujer diseña, día a día, sueño a sueño, el encargo que Dios la ha encomendado. Observa, imagina, recuerda... se va definiendo como madre: *“Es la cargadora de todas las espinas de la casa. Es la cultivadora de todas las rosas de los hijos. Es la perdonadora de todas las fallas de la familia. Es la sostenedora de todos los dolores del camino. Es la alondra que desde el alero de su ventana va ayudando a vivir, impulsando a caminar y enseñando a sufrir.*

La madre canta en tu alero, sueña en tu almohada, llora en tus ojos ¡y ama en tu corazón! La madre navega en tus olas, muere en tu playa y se esconde en tu cielo. La madre no aprendió a amarte, ¡te amaba desde antes de nacer! Por eso el hijo y la madre tienen la misma savia, son de la misma pulpa, se abonan en la misma tierra y se filtran con la misma luz.

Las madres no sufren con dureza, sino con compasión; no culpan con rencor, las faltas se le derriten dentro y las cubren con singular delicadeza; no perdonan a los hijos cuando se lo piden, los perdonan desde su nacimiento. Y como nacen de ella, les conocen el corazón y el carácter.

El árbol conoce su fruto; el cielo, sus estrellas, y la madre, a sus hijos. La madre talla escalón por escalón, tratando que los hijos no se le resbalen. Y edifica piedra sobre piedra, tratando que los hijos no se le derrumben.

El hijo es como el complemento de la madre: si alguno faltara, algo quedaría trunco. Cada madre nos recuerda a la Virgen, porque también ella acepta el deber más vasto y más grande de la vida, sin poner condiciones ni medir sacrificios. También ella dice: “¡Un hijo! Hágase en mí según tu palabra. Aquí está la esclava de este amor.” Y se ata gustosa a esa promesa que va a durar toda la vida. Una promesa dura, llena de

¹ José María Pemán en “Romance del hijo”

² Lacordaire en “Ráfagas” de F. Lelotte, pág. 37

deberes, de sorpresas, de incertidumbres y de lágrimas, pero de la que nunca querrá desistir y de la que nunca querrá separarse, entregándole todo lo que sabe, todo lo que puede, todo lo que siente y todo lo que vive”³.

SEGUNDO TIEMPO: LA ESPERA DEL HIJO

El embarazo abre la puerta del segundo tiempo de la maternidad. Tras el sobresalto inicial que supone el encuentro con el hijo dentro del propio cuerpo, comienzan nueve meses de diálogo intenso entre la madre y el hijo, entre la madre y el esposo. Desde fuera de la comunidad familiar es difícil captar este diálogo construido con sentimientos, silencios, gestos o palabras que parecen cantos de cuna improvisados: *“Las primeras en enterarse de que hay alguien que viene en camino son ellas. Cada vida inicia cerca del corazón de una mujer, y allí seguirá adelante, si no ocurre nada malo, durante nueve meses. El diálogo que se establece entre madre e hijo es íntimo, profundo, misterioso. El embrión no se dedica sólo a “parasitar” y tomar alimentos del útero que acoge la nueva vida. Algunas células del hijo circulan en el cuerpo de la madre, y algunas células de la madre pasan al hijo. Entre los dos se combinan ciertas hormonas que ayudan a que todo siga el camino ordinario que llevará, al final, a ese momento misterioso, dramático y, casi siempre, gozoso, del parto. Durante el embarazo el esposo no es un satélite ajeno ni un estorbo incómodo. Su cercanía y su cariño hacen más fáciles los cansancios y las reacciones que sufre la esposa que empieza a ser madre. Además, cuando el feto empieza a oír en el mundo del líquido amniótico, llega a identificar los ruidos del exterior, también la voz de su padre. El hecho de que los papás hablen largos ratos con afecto y con esperanza deja una huella, todavía por estudiar en su misterio, en la psicología de ese feto que sigue su crecimiento día a día. El cariño de la esposa, por su parte, permite al esposo sintonizar con el misterio de ese hijo que está ahí, muy escondido al inicio, después cada vez más visible a través del crecimiento de la panza...”⁴*

En ese ámbito íntimo comienza una etapa educativa fundamental y decisiva. La madre tiene que comenzar la educación de su bebé, pero, a la vez, ella misma debe educarse porque, cada día que pasa, está más cercana la separación, siempre dolorosa y arriesgada, del hijo que debe buscar su independencia. Es este un tiempo para vivir con intensidad luminosa.

“¿Recuerdas aquel maravilloso y mágico momento de tu vida en que te dieron la noticia de que serías mamá por primera vez? ¿Puedes evocar la cara de tu esposo cuando se lo contaste con el corazón rebosante de alegría? ¿Un hijo! Vamos a tener un hijo -exclamabas- tus ojos brillaban más que nunca y en ellos se vislumbraba esa nueva vida que ya crecía en lo más íntimo de tu ser femenino. La mayor responsabilidad de sus vidas comenzaba...

¿Estás embarazada? Es el momento de empezar a educar y sembrar el amor y sentimientos de seguridad. Puedes escuchar música clásica todos los días a hora fija y hacer tu oración incluyendo al pequeño que llevas en el vientre. Cuando oramos, nos abrimos al amor puro y verdadero. Al amor que no conoce límites, dejamos escuchar la voz de Dios en nuestra conciencia y si eres dócil, el Espíritu Santo te irá descubriendo esas zonas que necesitan crecer. Toda esta posición de apertura a Dios, el niño, tu hijo, la vive, la siente contigo y contigo la interioriza pues el único momento de tu vida en que es totalmente tuyo. Esta, por así decirlo “atado a ti”, a tu corazón, a tus sentimientos, a tu conciencia. Todo lo que hagas en esos nueve meses, quedará grabado

³ Zenaida Bacardí de Argamasilla, en “Con las alas abiertas”

⁴ Bosco Aguirre, en “El privilegio de ser madre”. Publicado por Mujer Nueva, 30-4-2004

para siempre en la mente y corazón de tu pequeño. Su sistema nervioso y la seguridad que muestre al venir al mundo dependerá en gran medida de lo que hagas cuando estés embarazada y esperando con ansiedad su venida al mundo...

Esperar un hijo es una oportunidad que se te concede para exigirte más a ti misma, para perseguir la madurez emocional, para tener un compromiso más auténtico con la fe que profesas pues no olvides que nuestra sociedad hoy más que nunca está urgida de seres humanos que estén dotados de una educación integral y sepan pensar con rigor. A pesar de que a veces tengamos la impresión de vivir en una sociedad quebrantada por la falta de educación de los valores morales y espirituales, no olvides que mientras existan mujeres como tú, que se preocupen desde el mismo instante en que te sabes embarazada por el cuidado del alma de tu hijo, los seres humanos podremos seguir confiando y depositando nuestra esperanza en la bondad, entrega y fortaleza del corazón femenino”⁵.

TERCER TIEMPO: EL NACIMIENTO DEL HIJO

El clímax del camino de la maternidad llega con el nacimiento del hijo. Ese día quedará marcado en el calendario. Es el “cumpleaños”. Fiesta que debemos festejar en recuerdo del hijo y en gratitud a la madre. El parto es un momento agridulce por venir envuelto en dolor y en esperanza. La mujer, en toda su existencia, no podrá nunca hacer algo mayor; es la cumbre de todas sus posibilidades. Traer un hijo al mundo es el gesto que más engrandece a la mujer, el más eficaz para la sociedad, el que más gloria puede proporcionar a Dios. El sacrificio que tiene que pagar quedará compensado mil veces. No solamente trae el hijo un pan bajo el brazo, sino los motivos para vivir por encima de todos los sufrimientos.

"Pero el niño debe crecer. Debe emerger del vientre materno, del pecho de la madre; eventualmente debe convertirse en un ser humano completamente separado. La esencia misma del amor materno es cuidar de que el niño crezca, y esto significa desear que el niño se separe de ella. Ahí radica la diferencia básica con respecto al amor erótico... En el amor materno, dos seres que estaban unidos se separan. La madre debe no sólo tolerar, sino también desear y alentar la separación del niño. Sólo en esta etapa el amor materno se convierte en una tarea sumamente difícil, que requiere generosidad y capacidad de dar todo sin desear nada, salvo la felicidad del ser amado... Una mujer sólo puede ser una madre verdaderamente amante si puede amar: a su esposo, a otros niños, a los extraños, a todos los seres humanos. La mujer que no es capaz de amar en este sentido, puede ser una madre afectuosa mientras su hijo es pequeño, pero no será una madre amante... aun después de la separación”⁶.

Ahora que el niño está en manos de la madre, necesita el alimento diario para fortalecer su cuerpo, su afectividad, su mente, su espíritu. Es “tiempo pleno” lo que el niño pide a su madre, dedicación absoluta porque el bebé es el ser más indefenso de toda la creación.

“Cuando el niño nace, también la mujer es la única que puede ofrecer el mejor alimento: la leche materna. Desde el punto de vista médico y dietético, el dar de pecho conlleva muchos beneficios para el niño y para la madre. Desde el punto de vista psicológico, el niño aprende, antes, durante o después de succionar del pecho de su madre, a mirar a la cara, a descubrir unos ojos que penetran llenos de cariño, quizá a veces un poco cansados, pero siempre (o casi siempre) disponibles.

⁵ Sheila Morataya, en “¡Estoy esperando un hijo!”

⁶ Eric Fromm, “El arte de amar”, pág. 59-60

Las que mejor saben tratarlo cuando llora, cuando pide algo que no acaba de ser claro, cuando muestra indiferencia o sueño, o cuando dibuja una sonrisa contagiosa y fresca son las mujeres. Las madres, se dice, tienen un “sexto sentido” con el que perciben mucho de lo que escapa con frecuencia a los ojos del nuevo papá”⁷.

Pero no debemos olvidar que el alimento decisivo, imprescindible, que cubre todas las ansias y hambres del niño es el amor. “¡Qué maravilloso descubrimiento del siglo XXI! ¡Que el amor es una energía palpable, y que hace crecer al niño! El amor es, por tanto, una energía creativa. Ahora podemos entender mejor lo que es la mirada de Dios sobre nosotros, y sentir con más fuerza que, sin la mirada de Dios, dejaríamos de existir”⁸.

CUARTO TIEMPO: LA EDUCACIÓN DEL HIJO

La educación del hijo es un arte. Un arte paciente, lento, arriesgado, donde se entremezclan aciertos y errores y cuya garantía permanente de acierto es el poner amor, mucho amor. La madre, desde el principio, ha de entender que la figura del padre es necesaria, vital. La complementariedad entre lo masculino y lo femenino es la doble mano a la que se debe agarrar el niño para caminar por la vida. “*Ser madre no termina con las primeras semanas ni los primeros meses. El hijo ha quedado marcado de un modo muy profundo por esos primeros contactos que se establecen con la mujer, con la madre. A la vez, el papel del padre en la tarea educativa va aumentando con el pasar de los meses. En algunas situaciones llega a dedicar al hijo igual o mayor tiempo que el que dedica la madre (sobre todo si ella trabaja fuera del hogar). El niño, entonces, aprende a amar con el mismo cariño a los dos. Pero llegará el día en el que tome conciencia de lo que significó, en el camino de su vida, esa etapa inicial antes del nacimiento y esos primeros meses en los que todo es mucha esperanza y no pocos momentos de temor o de angustia.*

Hablar de la maternidad es hablar de un privilegio de la mujer. La paternidad, ciertamente, resulta fundamental para que se inicie una vida humana. Pero un padre no podrá sentir en profundidad lo que significa tener al hijo allí, “dentro”. Ese hijo que inició tan débil y tan dependiente que sólo el amor pudo sostenerlo durante el tiempo de embarazo”⁹.

El camino que ha de aprender el hijo, cogida de la mano del padre y de la madre, tiene que ver con el sufrimiento, la cultura y la religión. La fe, la razón y el autocontrol son las asignaturas que el niño, desde la casa, debe estudiar y aprobar. “*El hijo es un generador de sentimientos fuertes. La madre es fiera para defenderlo, algodón para curarlo, sabia para comprenderlo, iluminada para aconsejarlo, maga para intuirlo y estrella para velar por él. La semilla de amor se siembra dentro de ellos, por eso el nudo que los ata es cuestión de raíces. Por eso, cuando un hijo levanta la frente, distinguimos la semilla que lo ha ido empujando por debajo. Y si escarbamos en la tierra que lo vio nacer, muchas veces ese bulbo viene de lejos. Hay retoños que no se conciben sin un buen árbol, rosas que no nacen sin un buen calor, figuras que no se tallan sin un buen molde, ¡y conquistas que no se consiguen sin una buena madre!*

La madre es la que trabaja con el hijo en ese taller secreto donde se pule la paz. Y lo enseña a caminar, a sufrir, a pensar y a tener fe. Es la que recibió de Dios un regalo

⁷ Bosco Aguirre, o.c.

⁸ Christine de Vollmer, en la conferencia “La mujer como protectora y transmisora de la vida”. Roma 2001

⁹ Bosco Aguirre, o.c.

que ella tendrá que regalar después; la que trabaja para lo que disfrutarán otros; la que nunca obtiene ventaja, ni pasa cuenta, ni escatima el amor”¹⁰.

La presencia del padre en la educación del hijo es importantísima. La experiencia del padre abrirá al hijo hacia la trascendental experiencia de Dios. Porque Dios es Padre. En la educación de los hijos es vital vivir la experiencia de Dios como Padre. *“En el plan divino, el ser humano no está destinado sólo a tener cultura, valores, conducta y vida afectiva. También debe conocer a Dios. Gran parte de esta tarea recae, por supuesto, sobre la madre, quien, primero con el amor, y luego con la catequesis, introduce al niño a Dios. Pero el padre da otra dimensión a estos conocimientos, siendo así que es el reflejo de Dios Padre. Le toca a la madre asegurar que sus hijos tengan padre. Esto también hace unos años parecía una banalidad. Pero hoy la maternidad en solitario es cada vez más aceptada y quizás alentada. También la ciencia empieza a hacer sonar la alarma. Las estadísticas indican, de forma incontestable, que los hijos sin padre son más violentos, obtienen peores resultados académicos, tienen mayor implicación en crímenes, y hay más muertes de jóvenes sin padres en el hogar que con ellos. Sin padre son más propensos los varones a la homosexualidad y las niñas al embarazo precoz.*

Un estudio interesante del psicólogo Paul Vitz demuestra cómo los hombres más problemáticos de la historia tuvieron en común la ausencia de sus padres. Están incluidos Stalin, Hitler y Freud, entre otros.

En toda cultura, depende de las mujeres asegurar la presencia del padre en el hogar. En las culturas donde las mujeres no insisten en eso, el saldo es el caos social”¹¹.

Para concluir este tiempo, no olvidar la importancia del ejemplo de los padres. Ya se sabe que “cuando a los hijos se les repite siempre la misma canción, se van con la música a otra parte”. A los hijos no se les educa tanto con la palabra como con el ejemplo. *“¿Qué es la educación? Podríamos decir que es un trabajo ininterrumpido en el que influyen, al mismo tiempo, mil detalles distintos, que se complementan entre sí, sobre todo, el propio ejemplo. André Berge lo expresa así: “Para formar una conciencia es preciso dejar ver la propia recta, delicada; para formar un corazón hace falta dejar ver el nuestro paciente, comprensivo; para formar un alma es necesario mostrar la de uno fiel a la oración....Y así para todo. Para formar el gusto por el trabajo, por el orden, por la caridad. De la educación por discursos puede el niño, al llegar a mayor, evadirse, pero no puede escapar a la influencia de una vida ejemplar”¹².*

QUINTO TIEMPO: EL SACRIFICIO

El quinto tiempo de la madre es el sacrificio. Con la ofrenda de su vida, como Jesús, las madres coronan su obra. Es la gloria que Dios concede a los que más ama. Es su última palabra. Su definitivo gesto de amor. Como Abrahán sacrificó a su hijo, así cada madre tiene que ir ofreciendo el sacrificio diario de irse alejando poco a poco de cada uno de sus hijos, de su esposo, para alcanzar la gran soledad que es la antesala de la Casa del Padre. Los que lo hemos vivido, ¡cómo lo sabemos! La ancianidad, la enfermedad, la agonía de la madre... son instantes que nunca se olvidan. Ellas, más con la mirada que con las palabras, nos dicen:

*“Decid, hombres que corréis
por la vía mundanal,*

¹⁰ Zenaida Becardí de Argamasilla, o.c.

¹¹ Christine de Volmmer, o.c.

¹² Sheila Morataya, o.c.

*decidme si visto habéis
igual dolor que mi mal.
Y vosotras que tenéis
padres, hijos y maridos,
ayudadme con gemidos,
si es que mejor no podéis*”¹³.

Estas palabras que el poeta puso en boca de la primera de las madres, las podemos recordar nosotros como el llanto silencioso de nuestra propia madre.

Mientras tanto, nosotros los hijos, deberíamos pensar: “¿Qué puedes dar a tu madre a cambio de su sangre, de su leche, de sus lágrimas?”¹⁴. La respuesta debe ser, a pesar de las arrugas y de los achaques, amarla, servirla, escucharla, acompañarla. Todo será poco para recompensar la vida que me dio.

*“Duplica el sustento que das a tu madre
y señala la ración para ella,
como ella señaló la tuya.
Muchas penas ha padecido por ti...
Cuando, cumplidos tus meses, naciste,
te llevaba sobre su espalda
y durante tres años estuvo su pecho en tu boca.
Ella no sentía repugnancia ante tus inmundicias
y no se decía: “¿Qué es lo que hago aquí...?”
Si hoy tienes tu hogar,
recuerda cómo tu madre te dio a luz
y te crió en todo lo demás.
No le des ocasión de quejarse,
para que no levante sus manos a Dios
y Él escuche su invocación*”¹⁵.

La Iglesia nos enseña que *"el humano engendrar es común al hombre y a la mujer. Sin embargo, aunque los dos sean padres de su niño, la maternidad de la mujer constituye una parte especial de este ser padres en común, así como la parte más cualificada. Aunque el hecho de ser padres pertenece a los dos, es una realidad más profunda en la mujer, especialmente en el periodo prenatal. La mujer es la que paga directamente por este común engendrar, que absorbe literalmente las energías de su cuerpo y de su alma. Por consiguiente, es necesario que el hombre sea plenamente consciente de que en este ser padres en común, él contrae una deuda especial con la mujer"*¹⁶. ¡Gracias por todo ello, mujeres, madres!

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
Salamanca, a 14 de marzo de 2006

¹³ Gómez Manrique, en “Lamentaciones para Semana Santa”

¹⁴ Lanza del Vasto, en “Ráfagas” de F. Lelotte, pág. 37

¹⁵ Oración del antiguo Egipto dedicada a la madre.

¹⁶ Juan Pablo II, “Mulieris dignitatem”, n° 18